



Los Buenos Heredarán la Tierra

The Good Inherit the Earth

YI-FU TUAN¹

¹ Profesor emérito, Universidad de Wisconsin, Madison. e-mail: yifu@geography.wisc.edu

RESUMEN

El presente artículo expone algunas reflexiones sobre los modos que tienen las personas de percibir y vivir las desigualdades e injusticias del mundo. De modo específico, las argumentaciones presentadas se adentran en los mecanismos de significación del entorno, sea este considerado natural o construido y la configuración de la experiencia perceptiva. Se pone énfasis en el papel que la imaginación y la cultura tienen sobre la definición de los sentidos proximales y la construcción del lujo, definiendo de esta manera una conexión entre desigualdad, riqueza y cantidad de bienes culturales. Luego, la línea argumental propone evaluar el costo de la ambición, los desafíos de la admiración y las restricciones temporales que actúan sobre la vida humana. El artículo finalmente erige a la experiencia, a la imaginación, al tiempo y al pecado como los equalizadores de la vida humana y profundiza en el papel compensatorio que tienen frente a las deficiencias de las circunstancias externas que enfrenta cada persona. De aquí en adelante, se dibuja un desafío ético centrado en el poder de lo social y en el disfrute de la condición del ser humano afirmando que la bondad es el catalizador de la herencia terrestre.

Palabras-clave: percepción, bondad, desigualdad, experiencia, entorno natural.

ABSTRACT

The present article sets out some thoughts, about the ways in which people perceive and experience the inequalities and injustices in the world. Specifically, the arguments used centre on the ways in which people signify the environment –assuming it as both natural and constructed- and their own experience of perception. An important point in this article is the role that imagination and culture play over the proximal senses and the

construction of the perception of luxury establishing, in this way, a relationship between inequality, wealth and the amount of cultural goods. The argument proposes, an evaluation of the cost of ambition, the challenges of admiration and the restrictions related to times which operate in human life. In fact, the article establishes imagination and time as the equalizers of human experience and expands on the compensatory role played by these elements on the restrictions of the external circumstances each person may face. From this point, an ethical challenge is outlined, centered on collective power and the enjoyment of the human condition, establishing that goodness catalyses the inheritance of the earth.

Keywords: perception, goodness, inequality, experience, natural environment.

INTRODUCCION

Las desigualdades e injusticias en el mundo son muchas. Por miles de años, desde la aparición de las primeras sociedades complejas, los ricos han convivido con los pobres, los explotadores con los explotados y los poderosos con quienes no lo son. La biología también contribuye a la desigualdad humana: algunos nacen con genes que los hacen bellos y fuertes, mientras que a otros los hacen débiles y feos, o peor aún, propensos a contraer enfermedades. Estas diferencias propias de la condición humana provocan la desesperanza de los más conscientes, porque esa desigualdad permanece, sin importar cuánto nos esforcemos por generar cambios. La religión nos consuela afirmando que ante los ojos de Dios, los buenos heredarán la tierra, aun cuando veamos con demasiada frecuencia que las malas personas prosperan y la gente buena sufre.

¿Es sólo un sueño imposible? Tal vez. Aun así, creo que hay algo de cierto en esta idea, y lo demostraré señalando cómo estas desigualdades, siendo desmesuradamente grandes, no lo son tanto como pensamos. Las desigualdades aparecen enormes por dos razones: en primer lugar, porque atribuimos mayor relevancia a elementos externos que a la manera en que las personas los viven. En segundo lugar, porque nos resistimos a otorgarle valor a aquellos factores compensatorios que disminuyen las desigualdades. La patología moral, por ejemplo, puede distorsionar a tal punto la experiencia del rico y poderoso que no se siente dueño de aquello que le pertenece. La experiencia de la gente buena es, por definición, la menos distorsionada. Si la gente puede tener sólo lo que son capaces de ver y amar, con claridad, entonces los buenos son los únicos que tienen. Al contrario de las apariencias, ellos heredarán la tierra.

ENTORNOS NATURALES Y CONSTRUIDOS

Este es entonces, un breve anticipo de mi línea argumental. Lo que viene a continuación es una elaboración, comenzando con los entornos. Un elemento que llama la atención respecto de los entornos naturales que habita el ser humano es que puede ocuparlos todos, desde el helado Ártico hasta los áridos desiertos, desde las altas montañas hasta una costa marítima recortada, bosques tropicales e islas de gran riqueza en flora y fauna. Para los ocupantes humanos, esto implica que los recursos que están a su disposición varían mucho, dependiendo de la localidad donde se encuentren. Como otros estudiantes de la tierra, he aceptado este hecho sin cuestionarlo hasta que, por algún extraño motivo, me encuentro a mí mismo inmerso en una fantasía. En esta fantasía, los entornos naturales son propiedades ofrecidas para asentamientos. Un agente de propiedades está llevando a los posibles colonos en una visita guiada. En la fantasía, me pregunto: ¿sería posible que alguien escogiera el helado ártico en lugar de una isla tropical, el desierto en lugar de un paisaje boscoso? De más está decir que dicha elección nunca ha tenido lugar. A través de los serpenteantes caminos de la historia y el destino, lo que ha sucedido es que algunas personas han terminado viviendo en entornos naturales de gran riqueza y otros en entornos naturales pobres. En el mundo de hoy, muchas personas juiciosas se interesan por la

justicia y la injusticia; no obstante, no perciben como injustas las grandes diferencias en la disponibilidad de recursos naturales que experimentan las personas. Las personas no ponen un grito en el cielo por esto, ya que los habitantes parecen estar perfectamente contentos. El hecho es el siguiente: cualquiera sea el lugar en que las personas se establecen, encuentran maneras de disfrutar de las pequeñas satisfacciones de la vida. Y en la medida en que los días se suceden sin grandes incidentes, no tienen razones para explorar el horizonte en busca de praderas más verdes.

Los entornos construidos son también muy variados, y allí también la envidia por lo que tienen los vecinos está lejos de ser compartida por todos. En la selva del Congo, los refugios de los cazadores-recolectores son de construcción simple, pero a ellos no les gustaría trasladarse a las casas y aldeas de sus vecinos, los agricultores bantúes. Tampoco los agricultores bantúes querrían trasladarse a una ciudad moderna (Turnbull 1965). El deseo de un mejor alojamiento emerge sólo en las sociedades estratificadas, donde ricos y pobres comparten ciertos valores y no existe una barrera infranqueable que impida a las personas ascender a un nivel superior.

La posibilidad de ascender apunta a una importante diferencia entre entornos naturales y construidos: la idea de un límite superior. En los entornos naturales, el límite superior en cuanto a la abundancia de plantas y animales

está dado por la naturaleza. Su aparición en el curso de la evolución biológica es lenta. En contraste, el límite superior de la abundancia en el entorno construido está dado por el deseo y las destrezas humanas, que parecen no tener límites. Por lo tanto, en relación con los entornos construidos nos podemos plantear la pregunta: ¿hasta dónde se quiere llegar? En todas las civilizaciones conocidas, la respuesta ha sido siempre: lo más arriba posible. Consideremos, por ejemplo, a los ingleses aristócratas del siglo XVIII que, al igual que las elites de otras sociedades, no tienen noción de la escala humana (es decir, de las restricciones dictadas por el mero hecho de poseer un cuerpo). Una extravagancia común en esa época fue, y aún es, el número de residencias o sillas que la elite consideraba necesario tener para mantener su confort y estatus. En el período que estamos considerando, un duque tenía diez sillas, un conde nueve y un barón ocho (Laslett 1971). Las residencias se jactaban de tener muchas comodidades y tesoros artísticos que daban estatus a sus dueños, aunque no necesariamente influían en su calidad de vida. Con riquezas y recursos casi ilimitados, aparecieron inevitablemente los caprichos. Un castillo inglés, por ejemplo, fue equipado con veinte pianos que aparentemente nadie tocaba. Un duque poseía 365 pares de zapatos y el castillo de un conde tenía 365 dormitorios.

Hechos como éste hacen que la pregunta "¿quiénes heredarán la tierra?" sea necia, porque la respuesta no

puede ser otra que: los ricos y poderosos. Aún así, una respuesta diferente es plausible, si no nos focalizamos en los elementos externos, fácilmente inventariados, sino en los que describí antes como las satisfacciones diarias de la vida, y a las cuales me referiré como "experiencia". Un cambio de perspectiva desde lo externo a la experiencia disminuye las desigualdades. De más está decir que las enormes brechas permanecen si se incluyen en la cuenta los desesperadamente pobres y enfermos. La única razón que tengo para dejarlos fuera del análisis es mi propia insuficiencia. Aún con esta evidente omisión, creo que vale la pena explorar cómo la distancia entre la calidad de vida de la elite y de la gente común se acorta significativamente cuando el foco se centra en la experiencia.

EXPERIENCIA

Por "experiencia" quiero indicar todas las maneras en que los humanos perciben y comprenden la realidad a través de sus sentidos y su mente. Esta es pasiva cuando los sentidos actúan como instrumentos mecánicos, registrando impactos del exterior. Si eso fuera todo, la gente que vive en un entorno rico podría esperar registrar un alto nivel de satisfacción respecto a las personas que viven en entornos pobres. Pero la experiencia es también actividad. Los sentidos no sólo registran, sino que ajustan, componen y exploran.

De no realizarse estos actos, incluso los entornos ricos poco podrían hacer por sus ocupantes.

Los sentidos pueden ser divididos en proximales y distales. Los sentidos proximales son aquellos como el gusto, tacto y olfato, y se caracterizan por requerir de cercanía física entre el emisor y el receptor para ser percibidos. Los sentidos distales son la vista y la audición, ya que permiten percibir el mundo desde una posición distante a la fuente emisora. Los sentidos proximales producen una realidad difusa y no estructurada, cercana al cuerpo, que está cargada de emoción. Los sentidos distales producen un mundo compuesto que es menos emocional, más fríamente estético e intelectual. Todos los humanos comienzan su vida en la realidad proximal. La mayoría de los infantes de todo el mundo conocen lo que es dormir en el hueco tibio del brazo de su madre. Ya que sus ojos pueden ver sólo a una corta distancia –alrededor de 30 cm. aproximadamente– poco importa si su entorno más amplio es una choza o una mansión, la costa del Ártico o un bosque tropical (Maurer 1976). El hecho de que el rango de experiencias sea el mismo para todos los infantes sanos implica que sus placeres y satisfacciones son similares. La equidad en cuanto al estándar de vida en el mundo, si es que existe, ocurre en el primer mes de vida.

Cuando los infantes pasan a ser niños, y luego a la prepubertad, los detalles de la realidad percibida comien-

zan a diferir. Al mismo tiempo, con los años, los niños adquieren una ganancia general que es la ampliación de su percepción. Conocen, más allá de las intimidades del lugar, el espacio abierto que implica percepciones de aventura y misterio. Casi todas las comunidades ofrecen a sus jóvenes lugares y espacios característicos para vivir sus aventuras, aunque la particularidad de cómo son utilizados estos espacios difiere mucho dependiendo de las condiciones socioeconómicas en las que se encuentran insertos. Por ejemplo, en algunos países desarrollados, los niños pasan su etapa de intimidad en el regazo de su madre o con un sustituto, como el oso de peluche. Al crecer, si viven en casas de barrios acomodados, los niños ocupan rincones y esquinas en el sótano, el ático o el patio trasero para vivir sus aventuras. En cambio, las casas en los vecindarios pobres no están equipadas con áticos o sótanos, por lo cual los niños de esos hogares viven sus aventuras en las calles. Pero los niños conocen bien la diferencia entre el césped del hogar protector y las desafiantes calles. La cultura de los cazadores-recolectores es muy diferente a la del mundo desarrollado. Sus viviendas son cobertizos, no casas. Sin embargo sus niños logran disfrutar de dos polos de existencia: el fuego de la cocina y sus agradables aromas, y los campos donde los animales salvajes vagan. Dados estos dos polos de lugar y espacio, los jóvenes no requieren un espacio de juegos ni juguetes hechos por los adultos para gozar. De hecho, sin esa

separación, los niños están obligados a poner a trabajar su imaginación y así transformar un guijarro en una tortuga, un palo en una lanza, y el descuidado patio trasero en naturaleza virgen. La imaginación, en otras palabras, puede compensar ciertas deficiencias en el entorno material, actuando como un poderoso ecualizador.

IMAGINACION Y CULTURA

Habiendo dicho esto, debo aclarar rápidamente que, para que la imaginación tome vuelo, se requiere de un soporte cultural. Por ejemplo, los niños que nunca han oído historias de aventuras en la selva, probablemente no verán en el patio trasero de su casa una invitación a la naturaleza virgen. El cómo la cultura afecta la imaginación es un asunto complicado, que no se tratará aquí. Sólo diré que existe una importante diferencia entre los niños y los adultos. El impacto de la cultura en los niños es directo e inmediato. En los adultos, este impacto frecuentemente es desviado o enturbiado por extrañas consideraciones sociales externas. Digamos que tengo una biblioteca bien surtida. No va a ayudar mucho a mí si la selección y la exhibición de los libros están diseñadas para impresionar a mis colegas. Por otro lado, si los leo me beneficiaría de una forma que no es replicable para un niño, y esto es así incluso si el material de lectura es muy sencillo. Puedo ilustrar,

mi punto con una sola línea tomada de una historia. La historia se desarrolla en Wisconsin, en invierno. La línea dice: "Ella abre la puerta y la luz del sol cae sobre el piso como un penitente". Un niño no tiene el trasfondo cultural necesario para comprender estas palabras, mientras que un adulto sí. Al leerlo, veo el sol como el hijo pródigo de la Biblia que después de haber prodigado sus riquezas en latitudes extranjeras, regresa a su hogar en Wisconsin y a mí.

Aquí hay otro ejemplo, que deriva su tono emocional de la naturaleza en lugar de la religión. En su vejez, Wordsworth escribía las siguientes líneas en el cuaderno de una niña:

"Un pequeño servicio es un verdadero servicio mientras dura:

De los más humildes amigos,
¡criatura brillante!, no desprecies ninguno:

La margarita, por la sombra que proyecta,

Protege del sol la gota persistente de rocío".

El lenguaje es, nuevamente, de lo más simple, y la idea de que un pequeño servicio aún es un verdadero servicio, es bastante fácil de entender para un niño. El niño y yo nos beneficiamos con su lectura, pero no al mismo nivel. Cuando leo el poema, me doy cuenta, no así el niño, de la enorme diferencia de tamaño entre el Sol y la Tierra, así como la distancia astronómica que los separa, hechos que hacen a la margarita —ya conocida para mí como una flor común— aún más insignificante y que,

sin embargo ahí está, gallardamente, protegiendo a su hermana más débil, la gota de rocío. Ese es el poder del poema. Me permite ver, al igual que algún día lo hará el niño, la importancia e incluso la grandeza de lo insignificante. Añade para mí, como algún día lo hará para el niño, una dimensión moral a la estética.

SENTIDOS PROXIMALES Y LUJO

La experiencia es enriquecida por la mente y el lenguaje. Sin embargo, hasta el momento he enfatizado el rol de la percepción visual. La experiencia es también en gran parte sensaciones kinestésicas (es decir, percepciones del movimiento), táctiles u olfativas, estimuladas en gran medida e incluso únicamente por el entorno. Supongamos que el entorno es un gran edificio, como la catedral de Amiens en el norte de Francia. Cuando se entra al enorme y armonioso espacio, uno se siente elevado, flotando, con el peso de los años yéndose y la ágil ligereza de la juventud recuperada (Blum 1990). El conocimiento de la doctrina cristiana y de los simbolismos no es una precondition para esta sensación. Escojo la catedral porque pocos han comentado su poder para actuar sobre el cuerpo y el espíritu humano aún en ausencia de una preparación cultural. Otra razón es que, mientras que los edificios monumentales históricamente han atendido a los privilegiados y contribuido a la

desigualdad, las catedrales son notables excepciones. Todos tienen acceso: ricos y pobres, viejos y jóvenes, sanos y cojos. En el mundo occidental, las catedrales fueron y son el único lujo arquitectónico que todos pueden disfrutar.

Yo uso la palabra "lujo" de forma un tanto vacilante, ya que sugiere bienes y materiales que miman a la carne, lo cual me hace pensar más en el dormitorio que en la catedral misma. Permítanme, entonces, pasar al dormitorio, un espacio designado para complacer al cuerpo ¿Qué se siente al dormir en uno voluptuosamente agradable? El fotógrafo de sociedad Cecil Beaton da una pista. Después de pasar una noche en el dormitorio de una casa de Rothschild, dice lo siguiente: "Desarreglar, aunque sea acostado, almohadas de lino exquisitamente bordadas, es el mayor lujo". Lujo, sin embargo, no es sólo una tela fina o piedras preciosas, es más aún el esmero. Beaton señala que al lado de la cama habían cestas con lápices afilados, media botella de whisky con media botella de agua de Perrier, y hielo en caso de necesitar refrescar. "En el borde de la bañera había una lámpara con la que se podía leer, y una fila de aromas florales, violeta, gardenia, etc. La ropa de cama era impecable. Cada detalle en el dormitorio era perfecto en su terminación" (Beaton 1978).

El lujo también implica riqueza. La riqueza excluye y profundiza las desigualdades. ¿Pero es realmente correcto hacer equivalentes lujo y ri-

queza? El poeta Rupert Brooke nos recuerda que aún la gente modesta puede darse lujos en sus

“...platos blancos y vasos, la corteza sólida de un pan amigable y muchos alimentos sabrosos; la fresca amabilidad de las sábanas pronto suavizan dificultades, el beso áspero masculino de las mantas, la bendición del agua caliente, el buen olor de la ropa vieja, y otros muchos”.

(Extracto del poema de R. Brooke, El gran amante)

Brooke también menciona “la fragancia del cabello” y “el confortable olor de dedos amistosos”, lo cual nos lleva al cuerpo humano como la fuente del lujo. En su antiguo sentido, el lujo implica lo erótico y nada más que lo erótico (Trilling 1965). La aceptación de este significado nos libera de la preocupación por la desigualdad material, porque aunque sólo los ricos pueden hundirse en las mullidas almohadas de lino, incluso los indigentes pueden hundirse en la carne tibia de un ser querido. Ciertamente, los niños también disfrutan de ese tipo de lujos ya que toman y acarician el pecho de su madre.

CALIDAD, NO CANTIDAD.

El lujo es calidad más que cantidad. Digamos que tengo un par de zapatos confeccionados a mano. Deslizo mis pies en su suave interior con un suspiro de satisfacción. Que un du-

que inglés tuviese 365 pares de zapatos despierta en mí más incredulidad y diversión que envidia. En cualquier caso, hoy en día, ninguna persona cuerda aprueba el consumo insensato. ¿Y qué si los bienes no están en la ropa ni en la porcelana, sino en obras que elevan la mente, como libros y pinturas? Nuestra actitud hacia ellos es algo diferente. Para algunos, el acceso a los bienes culturales es más relevante que en su posesión legal. Para otros, en la medida que uno sea propietario, hay menor énfasis en la cantidad. Respecto a esto último, los libros en particular parecen estar exentos. En este sentido, un académico que forma una gran biblioteca personal no será, probablemente, acusado de avaro. Aun así, hay límites nítidos para los beneficios que pueden derivar de los bienes culturales. Supóngase que yo anhelo conocimiento y vivo en Madison, Wisconsin. El campus de Madison de la Universidad de Wisconsin tiene 7,3 millones de libros, comparado con los 29 millones que hay en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. ¿Podría sentirme menoscabado? Irracionalmente podría, aunque a dos libros por semana, en 50 años apenas hubiese leído 5000 libros, un pequeño número respecto a la cantidad de libros disponibles. Peor aún es que podría retener el contenido de menos de 15 libros en detalle. E incluso más terrible es que quizás sólo una docena de ellos han contribuido a hacer de mí la persona que soy.

Las pinturas son otro recurso cultural. La Universidad de Wisconsin

tiene el Museo Chazon y la ciudad de Madison tiene un Centro de Arte Contemporáneo, pero las colecciones son muy modestas en comparación con los museos y las galerías de arte que la Universidad de Yale ofrece. De nuevo, ¿debería sentirme menoscabado? O, ¿debería preguntarme cómo podré enriquecerme con una gran colección si visito las galerías de arte para dotarme de medios para superar a los demás y no para mi esclarecimiento estético? El austero filósofo Ludwig Wittgenstein podría sentirse horrorizado por desperdiciar tesoros en filisteos como yo. Fue así como amonestó a un estudiante:

“Si debes ir a... una exhibición, hay solo una manera de hacerlo. Camina hacia una sala, selecciona una pintura que te atraiga, mírala por el tiempo que desees, luego aléjate y no mires nada más. Si tratas de ver todo, terminarás por no ver nada” (Drury 1984)

Hasta aquí hablo como consumidor, ¿Y qué tal si tengo suficiente talento para realizar, para crear? Entonces, también, cuestiono la importancia apabullante de la cantidad. Un recurso básico de la cultura es el lenguaje. El idioma inglés contiene actualmente unas 600.000 palabras. Se cree que el inglés del período isabelino (1558-1625) tenía alrededor de 150.000 palabras, y aun así fue suficiente para Shakespeare, quien usó –asombrosamente– alrededor de 30.000 palabras. Pero ¿necesitaba realmente esa cantidad de palabras para que su obra pasase a la inmortalidad? La Biblia del Rey Jaime I de Inglaterra

(1611), un trabajo que se compara a la obra de Shakespeare en profundidad y alcance, usó sólo 6.000 palabras. El rival francés de Shakespeare, Jean Racine (1639-1699), necesitó apenas 2.000 palabras para asegurar su inmortalidad (Steiner 1967).

EL COSTO DE LA AMBICION

La gente tiene diferentes motivaciones y estímulos. Esto también puede ser considerado injusto aunque sólo sea porque los ambiciosos y los motivados poseen una ventaja indiscutible: saben qué hacer con sus vidas. Aun si el objetivo al final resulta ser ilusorio, recorrer el camino puede seguir siendo placentero. Un objetivo que no es ilusorio y es común a todos es el conocimiento. No es ilusorio, porque el conocimiento se puede demostrar prácticamente: todos lo necesitamos para sobrevivir. Sin embargo, perseguirlo apasionadamente, sin considerar sus posibilidades en la práctica, tiene consecuencias indeseables, y esto es cierto tanto si se persigue alcanzar un conocimiento interior como si se busca conocer la realidad externa. Una incesante introspección del ser interior, con la esperanza de comprender su esencia, es la búsqueda de un fuego fatuo, una empresa con más probabilidades de terminar en el desconcierto que en la iluminación. En cuanto a la realidad externa, estudiarla puede convertirse en una obsesión, con altos costos en lo económico, en bie-

nestar físico, en cohesión familiar y en bienestar emocional. Charles Darwin es un caso. Señala que hasta los treinta años, la poesía, la pintura, la música y los paisajes le proporcionaban intenso placer. Años de incesante trabajo lo cambiaron tanto que se convirtió, según sus propias palabras "en una máquina de deducir leyes a partir de una amplia colección de hechos, lo que lleva a la atrofia de esa parte del cerebro de la cual dependen los más elevados gustos". Darwin pensaba que la pérdida de esos gustos, no sólo empobreció su vida emocional, sino que también dañó su intelecto y su carácter moral (Darwin 1961).

Darwin es un genio y su contribución al conocimiento fue estelar. ¿Qué pasa con los investigadores y científicos que no cuentan con ninguna de estas características? ¿Qué hubiese pasado si no hubiesen sido investigadores ni científicos? Y, ¿qué hubiese pasado si se hubiesen dejado llevar más por el deseo de reconocimiento y de éxito mundano que por el ansia de conocimientos? Es posible que esas personas pudieran haber sentido algún arrepentimiento al final de su vida. Tomemos al especialista clásico F. L. Lucas de Cambridge: aunque no es el mejor ejemplo, fue lo suficientemente honesto para sospechar que tomó el camino equivocado. Tomar el camino equivocado implicó que pasó los años más productivos de su vida estudiando obras menores con vistas a obtener promociones en investigación, publicaciones y carrera, cuando podría ha-

berlos ocupado en estudiar y enseñar las obras maestras con mayor beneficio para él mismo y para sus alumnos (Lucas 1960).

No tengo razones para envidiar a F. L. Lucas, ¿pero las tengo para envidiar a Charles Darwin? No. En cierta forma, estoy feliz de no tener su don, ya que sin éste y la obligación que implica, soy libre de beneficiarme del conocimiento que ofrece y disfrutar al mismo tiempo de la naturaleza y del arte. Sin embargo, la admiración que siento por él es, en sí misma, una valiosa experiencia. La raíz de la palabra "admirar" viene del latín *mirari*, que significa milagro, es decir, que lo coge a uno por sorpresa y despierta admiración. ¡Imaginen un mundo sin admiración, sin *mirari*!

ADMIRANDO LA EXCELENCIA DE OTROS

La envidia se encuentra con demasiada frecuencia en el camino de la admiración. Sin embargo, en el área de las proezas físicas rara vez ocurre, tal vez porque es cuantificable como la velocidad de una carrera, o bien es demasiado evidente para ser negada, como la gimnasia y el ballet de excelencia. La apreciación de los logros mentales y morales, por el contrario, es más cualificada, menos generosa. Ciertamente, algunas personas rápidamente ven valor en el trabajo de otros; otras lo hacen

lentamente. Incluso hay otros que rechazan lo que se les presenta, sin saber por qué. En el caso extremo, la pérdida de valoración puede deberse a un defecto fisiológico. Por ejemplo, el daltonismo hace a las personas inmunes *al atractivo cromático de las pinturas. La sordera a los tonos musicales.* El conocedor más cultivado de arte puede quedar así discapacitado. Vladimir Nabokov, por ejemplo, era sordo. En un concierto en que no puede seguir la secuencia de sonidos más allá de unos pocos minutos, se encuentra admirando el “reflejo de las manos en la madera lacada” de un violín (Nabokov 1990).

Más desconcertante y mucho más común es el rechazo o la indiferencia sin una causa clara. Gente que en otras circunstancias es receptiva a la cultura puede tener aversión a la ópera de Pekín, a la arquitectura postmoderna o a las novelas de Dostoievsky. En todo caso, la indiferencia hacia la estética de un trabajo no tiene grandes consecuencias. Cuando la indiferencia u hostilidad se orienta hacia el sentido moral de alguien como Isaías, Buda, Jesús, Gandhi o Dostoievsky, uno debe preguntarse ¿está culturalmente condicionado o hay personas que son moralmente “sordas”? El profeta Isaías luchó contra la gente que escucha y no comprende, que mira y no ve; en otras palabras, contra aquellos que son moralmente sordos y ciegos. Jesús, quien cita a Isaías, tiene más razón que la mayoría para asombrarse de la tozudez de la condición humana (Marco 4: 10-12). *“Porque aquí está él, que es el hijo de*

Dios en persona, anunciando verdades sublimes, y aún así, pocos reconocen quién es y entienden qué dice”. Como frecuentemente ocurre, no es el entorno el culpable. El problema se encuentra más bien en nosotros, en un desinterés por la percepción que contrasta hasta tal punto con nuestras potencialidades naturales que podría pensarse que es voluntario.

LAS RESTRICCIONES DEL TIEMPO

En los últimos treinta años o más, la escasez de tiempo se ha transformado en una excusa común en nuestra falla para contemplar las maravillas de la vida y de la creación. Fallamos al mirar porque más que nunca cargamos proyectos específicos, cada uno de los cuales debe ser completado en determinados día y hora. El tiempo está dividido en unidades. Cada una de éstas tiene techo o límite. El anochecer es quizás el más reconocible de esos límites. Pero el que más nos persigue es el que marca el fin de la vida. El plazo de vida del rico no es más prolongado que el de la gente común. A diferencia de la gente común, no obstante, los ricos son muy conscientes del abismo entre su riqueza en dinero y su pobreza en días y horas, como consecuencia de lo cual aparece su tendencia a prescindir de determinados placeres. Tomemos a un magnate moderno. Calcula que, dado que logra USD\$ 100.000 extra para su compañía

en cada hora que está en su trabajo, resulta absurdo que use una hora para visitar una galería de arte, donde la entrada tiene un costo insignificante. Mucho más en la línea con su actitud sería comprar una obra de arte de un millón de dólares y ponerla en una bóveda bancaria como inversión. Y, nuevamente, antes de ir a escuchar una buena sinfonía y llenar su alma con música gloriosa, el magnate puede sentir que su tiempo puede ser gastado en algo más racional, como ganar prestigio a través de abultados giros a fundaciones de arte que preside. En cuanto a las bellezas de la naturaleza, tienen un costo mucho menor y visitarlas requiere de más tiempo: y así nuestro magnate se queda en su oficina con aire acondicionado, sentado en una silla giratoria cerca de sus plantas en macetas y extiende otro abultado cheque, esta vez para la Conservación de la Naturaleza (Linder 1970).

Hay algo heroico, casi santo, en una vida así. Comparativamente, un hombre con menos dinero y sujeto a menores limitaciones de tiempo puede llevar una vida en que se dé gustos. Yo, por ejemplo, paso con gusto un par de horas en el Museo de Arte Moderno, una tarde escuchando la interminable novena sinfonía de Mahler y, posiblemente, incluso todo un largo fin de semana en espacios agrestes.

EL PECADO Y SUS DIFICULTADES

He notado que la experiencia, la imaginación y el tiempo son equalizadores. De distintas maneras, compensan las deficiencias de las circunstancias externas de cada uno. El pecado es el cuarto y más poderoso equalizador: marchita, frustra y arruina a sus víctimas hasta tal punto que, a pesar de todas sus ventajas naturales y mundanas, los hace incapaces de saber, como saben las personas buenas, cuáles son las verdaderas recompensas de la vida. ¿Qué es entonces el pecado? ¿Cuáles son las fallas morales que se esconden bajo esta anticuada palabra? De acuerdo con un diccionario, el pecado es la *"desorientación en nuestra relación con Dios [que] causa confusión inmediata en nuestros juicios concernientes a lo que es bueno y correcto, lo que nos desorienta respecto de nosotros mismos, nuestros cuerpos, los demás y el mundo natural"* (The Oxford Companion to Christian Thought 2000). Todos pecamos, aunque no todos de la misma forma. El rico y poderoso está más dispuesto a sucumbir aunque no fuera sino porque se le presentan más tentaciones en su camino. Así desarmados, los señores de la tierra tienen, pero no tienen: tienen en todas las cosas que se pueden contar, pero no tienen lo que importa, lo que incluye una visión sin distorsiones, la alegría de servir y la casta felicidad de la hora que pasa.

La tradición habla de siete pecados capitales: soberbia, codicia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Cada uno empobrece la vida a su manera. La soberbia es el pecado de Lucifer, y es considerado por la Cristiandad como el más grave. Provoca que Lucifer se vea a sí mismo como un rival de Dios, de la fuente de todo valor y creatividad. La soberbia es, sin embargo, en el sentido luciferino, un pecado poco frecuente. Pocas personas se ven a sí mismas como rivales de Dios. Todo lo contrario. La civilización occidental pareciera ser la excepción. En la antigüedad clásica, ya Protágoras acuñó la jactanciosa frase de “el hombre es la medida”. No obstante, los antiguos difieren de nosotros los modernos en dos aspectos. Uno: ellos consideraban la soberbia como una virtud; el más elevado de los sentidos del hombre es la soberbia, porque le impide toda acción pequeña o no honorable. El Cristianismo nos hace menos dispuestos a considerar la soberbia una virtud, pero reconocemos su capacidad para el bien y la denominamos autoestima. La segunda diferencia es que, a pesar de Protágoras, los antiguos no extendían la regla —“el hombre es la medida”— desde el mundo de lo humano hacia el Cosmos. Puestos frente al Cosmos, los antiguos reconocían su propia insignificancia. Por esta razón, pudieron encontrar una fuente de inspiración en el cielo de una noche estrellada. Esto siguió siendo cierto durante las siguientes expansiones del poder humano, en el Renacimiento, en la era de las grandes exploraciones, y

en la era de los grandes descubrimientos científicos. Sólo en el tardío siglo XX ocurrió un cambio radical. En las academias, una forma de pensar llamada posmodernidad o teoría crítica, se expande en tal forma en el imperio del lenguaje humano, que todo queda bajo su denominación, incluyendo a las fuerzas de la naturaleza y el Cosmos mismo. Sólo existen constructos verbales, a su vez subordinados a las fuerzas sociales, que puedan imponer respeto y temor. La soberbia de los posmodernistas es realmente luciferina. El resultado es de una cierta languidez. ¿Cómo pueden ser visionarios los posmodernistas cuando no existe conocimiento, sino astucia, cuando no hay ganancia en la verdad sino en la agudeza?

La codicia, el próximo pecado de la lista es, posiblemente, menos grave que la soberbia, aunque sólo sea porque implica una pérdida y no una jactanciosa autosuficiencia. Uno codicia la propiedad de otras personas creyendo que el tenerlas mejorará su propia vida. El deseo, sin valor en sí mismo, tiene la desventaja adicional de ser ilusorio. Las propiedades no tienen el poder de mejorar nuestra vida en ningún sentido real, tangible; a menos que uno tenga el conocimiento, el tiempo y un estado de la conciencia limpio de culpa para disfrutarlas. De otra forma, colmarán espacio y recogerán polvo, y su satisfacción quedará reducida al cursi prestigio de la mera propiedad.

El próximo es la lujuria. Aunque es el antiguo significado del placer e in-

cluso de lo lúdico es bastante inocente, actualmente su significado es pasión incontrolable y juegos en desnudez. Un hombre lujurioso es el que pone su intoxicación sensual por delante de cualquier consideración por el otro. Esto es no sólo moralmente incorrecto, sino también débil sustituto de la pasión erótica en la cual se confunde uno mismo con el otro y por un momento todo egoísmo desaparece. Tal estado es paradisiaco mientras dura pero, tal como nos lo recuerdan los mitos de Tristán e Isolda y de Romeo y Julieta, no dura. En la imaginación, la pasión erótica en su momento más intenso culmina en un doloroso Liebestod. Que contraste con las conquistas y flirteos en serie de un Casanova, que pasan a ser tremendamente monótonos y aburridos en la medida que se prolongan tediosamente. Al final, sólo sirven para alardear.

Los próximos dos pecados son la ira y la gula, emociones y estados del ser que, siendo diferentes, tienen algo en común. Ambos son turbulentos, sentimientos difícilmente controlables en el ser y que, al mismo tiempo, tienen como objetivo algo que está fuera del ser. Sus diferencias radican en que mientras la ira busca lanzarse hacia afuera del ser y destruir a otro, la gula busca inútilmente alivio incorporando otra cosa —la comida— dentro de su ser. En los países occidentales, ambas presentan un fuerte declive en los tiempos modernos. Una de las causas es el alto estándar de vida, otro es el cambio de percepción. A través de la historia la ira se consideró masculinidad y po-

der. Desde el siglo XVIII en adelante, sin embargo, no fue vista como fortaleza sino como debilidad; no como un hombre que controla, sino como un niño con rabieta (Zisowitz 1986). En cuanto a la gula, la disminución de las hambrunas la hicieron menos exigible, el refinamiento del comportamiento en la mesa la hizo menos aceptable.

Tanto la envidia como la avaricia son patéticas y no son sentimientos que yo estaría dispuesto a admitir, mientras que podría enorgullecerme de mi orgullo y de mi ira, considerando el primero autoestima y la otra un estallido de rectitud. Difícilmente podría admitir que soy envidioso o avaro sin llamar la atención sobre alguna deficiencia en mi persona. ¿Y qué, si los otros tienen y yo no? ¿Riqueza? ¿Poder? ¿Estatus? ¿Reputación? ¿Felicidad familiar? Cualquiera de éstos pueden estimular mi sentido de autovalía, pero buscarlos no sólo es admitir una carencia, es también dejar excesivamente en evidencia la ausencia de cualquier valor central en lo más profundo de mi ser, lo que me dejaría vulnerable al juicio y a los caprichos de otros. Más aún, a diferencia de otros pecados, la envidia es particularmente mortal porque puede ser adictiva, haciéndome ver lo que otros tienen simultáneamente como deseable por su glamour exagerado y odioso por la incapacidad de alcanzarlo.

La pereza, el último de los siete pecados, es una falla al mismo tiempo intelectual y moral. Muestra ingratitud por la existencia; malgasta los regalos

de los sentidos y de la mente que, cuando son utilizados de forma adecuada, nos revelan las “muchas espléndidas” obras de la creación; niega nuestra naturaleza como seres activos, capaces de ser malos, pero también de ser buenos.

CONOCIENDO Y DISFRUTANDO A OTROS SERES HUMANOS

Si los pecados nos desarman, la bondad nos arma. Ausente la carga y los embrollos de la envidia, avaricia, ira, gula y los otros, un hombre o una mujer son libres de disfrutar el ancho mundo y en particular un elemento del mismo, los otros seres humanos. Los otros seres humanos importan porque, en la práctica, son indispensables para la supervivencia individual de las personas. Importan, intrínsecamente, porque son con mucho lo más altamente evolucionado, los seres más complejos sobre la Tierra. Son la verdadera maravilla terrenal. El reconocimiento de este hecho significa que mientras un lugar cuente con personas, no puede ser aburrido ni carecer de interés.

¿En qué sentido son los seres humanos una maravilla? Ninguna madre diría que estoy exagerando. Para la madre, su bebé incluye todo el universo: las uñas de sus pies, casi minerales; el calor de su cuerpo animal; sus rabieta, infernales; su sonrisa y sus esfuerzos por hablar, humanos; sus conmovedores intentos de ayudar, angélicos. Una

madre lo ve de esta manera, porque visualiza lo real, a través de los ojos del amor. Los escépticos dicen que las madres son sesgadas. Sin embargo, la ciencia —es decir, el conocimiento empírico— comparte ampliamente la opinión de la madre. ¿Qué es un ser humano para la ciencia? Voy a traducir este lenguaje técnico en palabras más poéticas y cadenciosas de un ser humano, de la siguiente manera. Los seres humanos están hechos de polvo de estrellas y en polvo de estrellas se convertirán. Por un breve período de tiempo resucitan desde la materia muerta para llegar a convertirse en criaturas vivientes, que son una amalgama entre lo sórdido y lo sublime: en un extremo, huesos y carne, fluidos viscosos y restos putrescentes; impulsivos y apasionados, se emparentan con bestias de pantanos y selvas, excepto cuando la podredumbre moral los convierte en criaturas del infierno; y en el otro extremo, lenguaje, creatividad y cierta habilidad para llegar a alturas morales que los muestra apenas menos que ángeles.

EL PODER DE LO SOCIAL

Me estoy dirigiendo hacia la pregunta: ¿cómo es que no miramos —o casi nunca— a nuestros hermanos humanos en esta forma? ¿Cómo es que miramos con mayor detenimiento una cartera en la vitrina de una tienda que a la vendedora, a un perro atado a un farol que a una madre que empuja un carri-

to? Varias razones son las que cuentan en esta desbalanceada atención. Una es práctica: si le damos a los humanos la atención que requieren, podríamos sentirnos incapacitados para la acción. Precisamente, porque las carteras y los perros no merecen toda nuestra atención, podemos prestárselas cuando las circunstancias lo requieran, y podemos seguir con nuestras vidas. Otra razón, también práctica, es que los seres humanos son conscientes de que la sociedad tiene poder para dominar por sobre lo individual. Esta conciencia aparece en cierta etapa de la vida, comúnmente alrededor de los siete años. Antes de eso, se encuentra en un periodo idílico, como cuando el niño no tiene atracción por lo físico, pero posee una calidad moral, a la que llamamos inocencia. Para el niño mismo, el mundo es bueno, nutritivo y tierno y no obstante lleno de sorpresas. Después de los siete años, viene un cambio que nos lleva a utilizar la palabra "caída". El mundo de los niños sigue siendo bueno, pero se ha opacado un poco su frescor de rocío, su encanto de polvo de hadas. El niño pierde su exuberancia creativa, inventa menos historias y utiliza en su hablar metáforas menos frecuentes y menos coloridas.

Lo que está sucediendo es la creciente necesidad de los niños de ser aceptados por sus pares, su toma de conciencia respecto de la sociedad. Para ser comprendido y aceptado, debe usar las palabras que otros usan. Debe, por sobre todo, contener sus fantasías. El resultado es una disminución en

el instinto del lenguaje y, con ello, su mundo se vuelve un poco gris. Desde luego, la pertenencia a un grupo tiene ventajas irrenunciables. Después de todo, sólo en grupo, entre iguales, uno puede desarrollar virtudes sociales tales como el reconocimiento de los otros, la cooperación, la generosidad y el sacrificio personal. De cualquier forma, existe una desventaja para esta sensibilidad. En un grupo grande y estratificado, la joven que madura y, más tarde, la mujer adulta, llegan a sentir cierto desamparo, una cierta dependencia del favor de otras personas, lo que puede llevar a patologías morales como son la adulación hacia quienes detentan el poder y la búsqueda de estatus y de ventajas materiales a costa de los otros, jugadas en el tablero de la vida que requieren ignorar o explotar a los que no cuentan. Incluso, las virtudes de lo social no van tan lejos. Muchas de ellas incentivan ayudar a otros semejantes, pero sólo dentro de los límites de las convenciones: las personas no parecen muy reales y se dejan eclipsar fácilmente por objetos más simples y fáciles de apreciar, como la cartera en las vitrinas de la tienda.

EL REINO DE DIOS

Los niños, como Jesús repetía constantemente, tienen más posibilidades de alcanzar el Reino de Dios. Algunos adultos tienen la cualidad de ser como niños, lo que también los

hace candidatos. Para ellos la Tierra, en la cual incluso el más común de los objetos rezuma vitalidad y sentido, ya constituye una sombra del Reino. No obstante, el Reino no es y no puede ser estático; tampoco puede ser sólo un parque para niños eternos. Debe haber espacio para crecer. Y el crecimiento ocurre. Lo bueno puede ser mejor. Los pasos pueden ser tan graduales, que apenas los percibimos. Y sin embargo es lo que sucede. Damos ese paso cuando una margarita se transforma para nosotros en algo más que una linda flor, y la luz del sol en el piso, más que sólo un presagio de calor. En el campo de la moralidad, crecer significa, esencialmente, una sostenida profundización en la apreciación del otro, en particular, lo más difícil de esos otros, que es otro ser humano. Para que eso ocurra tenemos que reconocer nuestras fallas morales y, al mismo tiempo, confiar en nuestra capacidad para cambiar.

¿Es posible cambiar? Lo es aunque sólo sea porque el cambio está inserto en el lenguaje, y esto equivale a decir que está inserto en nuestra naturaleza. Una característica común del lenguaje es la metáfora, que es la sustitución de una imagen o idea por otra. Permanentemente utilizamos metáforas para cambiar imágenes y por lo tanto nuestra comprensión del mundo, aunque de forma subconsciente. ¿Por qué, entonces, no utilizarlas conscientemente con un fin moral? Considera mi pizca de envidia por la bendición de la vida marital de un amigo. Esta envidia se desvanece cuando lo veo como un

hecho notable para el mundo, y como tal, puede resultar algo tan completamente encantador como, por ejemplo, una brisa de verano. En cuanto a mi envidia por el talento que tiene mi colega por la verdad, se desvanece cuando lo veo como una luz que disipa oscuridad, una maravilla de la naturaleza por la cual sólo puedo sentir gratitud.

BUEN CIENTÍFICO Y BUENA PERSONA: QUÉ COMPARTEN

Lo que acabo de decir puede parecer ingenuo para la gente que ha ascendido, a quienes llamaré “sofisticados”. Ellos son cautelosos respecto a la bondad; incluso, mencionarla puede provocar una sonrisa de conmiseración. Al igual que con las metáforas, los sofisticados la usan más para destruir que para construir. Los científicos también evitan la metáfora; como gente de ciencia, no buscan significados adicionales teñidos de emoción y resonancia en objetos y acontecimientos. Pero por otro lado, a diferencia de los sofisticados, sí construyen, y si critican y destruyen es sólo para preparar el terreno para construir. Lo que construyen son marcos de acción y teorías que se ajusten a los hechos conocidos lo más completa y elegantemente posible. Los científicos pueden parecer ingenuos a los ojos de los sofisticados, un poco fuera de la realidad a pesar de su comprobada capacidad para controlar las energías de la naturaleza. Su dedicación a lo que

hacen los presenta como niños jugando. Y en realidad están jugando, sólo que el suyo es un juego serio, en que su compensación no es el juego en sí, como lo es para algunos sofisticados, sino más bien lo que queda revelado por su conclusión exitosa, la belleza y el misterio intrínsecos del universo.

Comencé con los niños, luego con las personas buenas que son como niños, y luego con los científicos dedicados. Todos ellos tienen en común la apertura y el sentimiento de que las cosas “de allí afuera” merecen atención. Otro rasgo que comparten es que prestan atención a cosas que a la mayoría de las personas les parecen sin importancia. El niño puede hacerlo por ignorancia. Pero otro es el caso de los científicos excepcionales y del hombre o la mujer buenos. El científico excepcional ilumina evidencias que los que practican rutinariamente, o bien no ven, o consideran insignificantes, perdiendo la posibilidad de permitir la aparición de nuevas ideas y paradigmas. Al hombre o la mujer excepcionalmente bondadosos les ocurre lo mismo. Recordar al Buen Samaritano: ve a un hombre herido en el borde del camino, se queda ahí para ayudarlo y de este modo abre una ventana más amplia hacia un horizonte de caridad, al contrario de otros transeúntes que eligen no ver, o bien ven, pero eligen no ayudar. Responder creativamente a lo que otros descuidan, es una marca tanto de genialidad como de caridad (Auden 1994).

LA BONDAD ¿UN DON INMEREcido?

He estado dando consejos de cómo son las buenas personas, incluyendo el método indirecto de proveer un bosquejo de sus opuestos, los menos buenos y los malos. He tenido que elegir pistas e indirectas, porque la verdadera bondad y la verdadera buena vida son esquivas; quizás sólo los poetas pueden capturar su textura y esencia. Más esquivo aún es el origen de la bondad verdadera. ¿Es resultado de la fe religiosa y de su cultura más amplia? ¿Es el producto de un sistema social benigno? ¿Desempeñan algún papel la sabiduría filosófica y el conocimiento empírico? Supongo que todos influyen. Una y otra vez he tratado de mostrar que, incluso las palabras pueden marcar la diferencia. Pero aún así, al final del día sigo escéptico respecto al poder de las palabras, la cultura y el entorno para producir algo tan precioso (Tuan 2008). Más y más tiendo a creer en que la suerte sí importa, que algunas personas han nacido bajo la correcta conjugación de los astros. Si es así, esto hace de la desigual repartición de la bondad entre la gente la mayor desigualdad e injusticia. Por supuesto, el bueno sufre dificultades y dolor como cualquier otro; de hecho, dada su sensibilidad y su falta de armadura protectora, es posible que sufra más que la mayoría. Y puede morir joven aunque sólo sea porque es generoso en su entrega. Sin embargo, a pesar de las aflicciones e incluso de una corta vida, toca la orla

del manto de Dios. La noción de que los buenos heredarán la Tierra, lejos de ser una fantasía, es axiomática. Por ello, terminaré con una nota irónica: todos mis esfuerzos para argumentar que la desigualdad no es tan grande como creemos se basan en una irreducible desigualdad, el don de la bondad.

AGRADECIMIENTOS

El presente artículo corresponde a la conferencia del mismo nombre dictada por el profesor Tuan en el 4^{to} ciclo de conferencias sobre "Geografía y debate contemporáneo", de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, el 17/11/2010. Una versión en inglés de esta conferencia fue publicada por la Asociación de Geógrafos Americanos (AAG). Ver en Bibliografía Tuan 2011.

BIBLIOGRAFÍA

- Auden, W.H. (1994). *The prolific and the Devourer*. The Ecco Press, Hopewell, USA. Pág. 41.
- Beaton, C. (1978). *The Parting Years: Diaries 1963-1974*. Weidenfeld & Nicolson, Londres, RU. Pág. 5.
- Blum, D. (1990). *Walking to the Pavilion*. New Yorker, 30 agosto, 51.
- Darwin, C. (1961). *Autobiography*. Collier Books, Nueva York, USA. Pág. 69-70.
- Drury, M.O'C. (1984). *Conversations with Wittgenstein*. En: *Recollections of Wittgenstein* (Eds: Rhes, R.). Oxford University Press, Oxford, Reino Unido. Pág. 118.
- Gardner, H. (1982). *Art, Mind, and Brain: A Cognitive Approach to Creativity*. Basic Book, Nueva York, EE.UU. Pág. 94.
- Laslett, P. (1971). *The world we have lost*. Scribner's. Nueva York, USA. Pág. 65.
- Linder, S.B. (1970). *The harried leisure class*. Columbia University Press, Nueva York, USA.
- Lucas, F.L. (1960). *The greatest problem and other essays*. Editorial Cassell, Londres, RU. Pág. 173.
- Maurer, D.M. (1976). *Newborn babies see better than you think*, *Psychology Today*, Octubre 1976, pág. 87.
- Nabokov, V. (1990). *Strong opinions*, Vintage Books, Nueva York, USA. Pág. 35.
- Oxford (2000). *The Oxford Companion to Christian Thought*. Oxford University Press, Oxford, RU. Págs. 665-666.
- Perrott, R. (1968). *The Aristocrats: A portrait of Britain's nobility and their way of life today*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, RU. Pág. 202.
- Stearns, C.Z. & Stearns, P.N. (1986). *Anger: the struggle for emotional control in America's history*, University of Chicago Press, Chicago, USA.
- Steiner, G. (1967). *Language and Silence*. Faber, Londres, RU. Pág. 43-44.
- Trilling, L. (1965). *Beyond Culture*. Harvest/HBJ Book, Nueva York, EE.UU. Pág. 56.

Tuan, Y-F. (2008). Human Goodness, University of Wisconsin Press, Madison, EE.UU.

Tuan, Y-F. (2011). The Good Inherit the Earth. En: *Envisioning Landscapes, Making Worlds: Geography and the humanities* (Eds: Daniels, S., DeLyser, D., Entrikin, J.N. & Richardson, D.). Primera

Edición, Routledge, Nueva York, EE.UU. Capítulo 13: 127-140.

Turnbull, C.M. (1965). The Mbuti Pygmies of the Congo. En: *People of Africa* (Ed. Gibbs, J.L.), Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, USA.